Con el ejercicio y el aire puro tuvo Arnoldo un apetito que le trajo el recuerdo de las delicadezas parisienses. La grasa de Moser la halló exquisita, y su vino le pareció un gran aperitivo que lo excitaba a comer más para beber más y viceversa. La comida se amenizaba; pero de pronto cuando el campesino levantó la cabeza, como golpeado por un recuerdo repentino.

—Y *Farraut?* —preguntó, no lo he visto desde que llegué...

La campesina y sus hijos se miraron sin responder.

—Pues bien qué es lo que pasa? replicó Moser, marcando más su fastidio; dónde está el perro? qué ha sucedido? Responde, Dorotea.

—No te enojes, papá, interrumpió Juan; no se atreverá a decírtelo; pero *Farraut* salió y no ha vuelto.

—Con todos los diablos! Es preciso avisarlo! gritó el campesino golpeando la mesa, y qué camino cogió?

—El camino de Garennes.

—Cuándo?

—Después de almuerzo; lo vimos remontar el sendero.

—Ahora falta que le haya sucedido alguna cosa, dijo Moser levantándose... El desgraciado animal no vuelve más y hay tantos arenales. Búscame la piel de cabra y la linterna, mujer; es preciso que yo halle a *Farraut*, vivo o muerto.

Dorotea salió sin decir palabra sobre la hora y el mal tiempo y bien pronto apareció con lo que su marido le pedía.

—Le debe usted algún favor muy grande a ese perro? preguntó Arnoldo muy sorprendido de semejante empresa.

—No yo, repuso Moser, que encendía la pipa; pero él prestó un servicio al padre de Dorotea. Un día en que regresaba del Poutroye con la suma de sus dos bueyes, cuatro hombres quisieron matarlo para quitarle la plata y esto hubiera sucedido sin *Farraut;* de este modo, cuando murió, hace dos años, el buen hombre me llamó a su lecho y me encargó que cuidara al perro como a uno de sus hijos... Estas fueron sus palabras... Prometí y sería una vergüenza que no cumpliera mi palabra con los muertos...

—Eh! Fritz, dame un bastón de hierro... No desearía,—oye usted? por nada del mundo que le haya pasado algo a *Farraut*... Es un animal que vive con la familia desde hace veinte años... que nos conoce a todos por la voz... y que recuerda al abuelo... Hasta luego, señor, y buenas noches, hasta mañana.

Moser se arrolló en su piel de cabra y salió. Se oía perderse el ruido de su bastón de hierro entre los rumores del viento y de la lluvia que caía aún.

Después de un largo silencio, la campesina propuso al cazador que lo llevaría al albergue que le habían destinado; pero Arnoldo pidió permiso para esperar la vuelta del patrón de la casa, si esa vuelta no tardaba demasiado.

Comenzaba ya a interesarle el hombre que poco antes le pareció tan vulgar y de tan baja familia, entre la cual, él supuso que se vivía una vida desprovista de valor.

Sin embargo la vigilia se prolongaba mucho sin que Moser apareciera. Los niños se durmieron uno después del otro, y el mismo Juan, que había resistido más tiempo tuvo que irse a la cama. Dorotea, inquieta, iba de la cocina a la puerta de la calle y viceversa sin distinguir nada. Arnoldo probó a tranquilizarla, pero su espíritu estaba exaltado con la espera; ella inculpaba a Moser de no cuidar ni por su salud ni por su seguridad; de estar siempre listo a sacrificarse por los otros; de no resignarse con el sufrimiento de un hombre o de un animal sin exponerse a todo por aliviarlo; y a medida que multiplicaba sus quejas, que se parecían singularmente a una glorificación, sus zozobras eran más agudas; tenía mil funestos presentimientos.

En la víspera, el perro había aullado durante toda la noche; un buho vino a posarse en el techo de la casa;

BIBLIOTECA NACIONAL

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.